

UN MILAGRO EN EL INFIERNO 87

L. Alejandro Salinas

Lampa. Un entierro	94
La familia	95
El infierno	96
El día de la independencia	97
En nombre del padre	99
Zona militar	99
¿Se puede fusilar dos veces a un detenido?	101
Ese pequeño muchacho	103
El presente	104

UN MILAGRO EN EL INFIERNO

L. Alejandro Salinas

“La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da las armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyo sacrificio se sostiene; la tropa debe ser tanto o más virtuosa y honesta cuando es creada para conservar el orden de los pueblos, afianzar el poder de las leyes y dar fuerza al gobierno para ejecutarlas y hacer respetar a los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares.”

General José de San Martín.

Cuyo 1816. Argentina.

La historia del 11 de septiembre de 1973, para el mundo civilizado fue una tragedia y también una epopeya.

Tragedia, porque ese día fue de aviones de combate, bombas, tanques, ametralladoras que vomitaban sangre, mucha sangre y muertos.

Se destruía una de las democracias más antiguas del mundo, y el viejo estereotipo que señalaba que las fuerzas armadas chilenas eran un cuerpo profesional apolítico, no deliberante, obediente al poder civil, que no intervenía en los destinos históricos del país, salvo como garante de su integridad territorial y del orden constitucional.

Tragedia, porque la sociedad chilena quedaba sometida a la arrogancia y a las leyes que le empezaban a imponer un grupo de generales y almirantes. Los cuales se arrogaban el derecho de decidir sobre la vida y la muerte de los ciudadanos, sin que éstos pudieran defenderse o apelar.

En definitiva, los sublevados aplastaban un sistema escrupulosamente democrático cuya Constitución regulaba minuciosamente las diferentes funciones y los límites de sus gobernantes. No en vano, su democracia era la tradición más antigua del país.

Fue una epopeya, porque el Presidente, a pesar del asedio militar y el bombardeo, no se rindió y cumplió con lo que le había prometido al pueblo chileno: **“¡Yo no voy a renunciar, colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser cegada definitivamente!”**¹

Ese día, el miedo, el horror, las balas, el odio y la muerte se dieron cita a las 11.50 horas, en el Palacio de la Moneda, sede de Gobierno.

El cerco militar a la casa presidencial impuesto por una serie de batallones del ejército fue feroz.

Sobre las estructuras del Palacio de la Moneda habían estallado 18 *rockets*. No fueron lanzados en cualquier esquina o lugar; fueron estratégicamente dirigidos al centro neurálgico de la sede de gobierno, hasta que ésta quedó envuelta en llamas.

El general Augusto Pinochet había decidido que el ataque fuera demoledor, sus órdenes eran claras y precisas: **“Entonces hay que estar listos para actuar sobre él. Más vale matar la perra y se acaba la leva.”**²

Durante la incursión aérea el Presidente permaneció de pie durante el bombardeo: **“Era como si hubiese estado preparado para vivir ese momento. Estaba mas entero que nadie, manejaba completamente la situación. Seguía siendo el Presidente de la República.”**³

Los militares querían terminar con la resistencia existente en la sede de gobierno. Intentaron negociar, una, cinco, diez veces, incluso, ofrecieron ponerle un avión para que Allende abandonara el país. Un avión que debería estrellarse si la oferta era aceptada: **“Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo de país...Y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando.”**⁴

A las 14:15 horas, se escuchaba el último balazo en La Moneda; el Presidente Salvador Allende se había suicidado. Fue el acto final de resistencia del régimen constitucional.

1. Discurso final Salvador Allende. 11.09.1973.

2. Diálogo de miembros de la Junta Militar. 11.09.1973.

3. Juan Soane, Jefe de policía de Investigaciones en el Palacio de la Moneda. Revista Análisis. 22.06.1987. Santiago-Chile.

4. Diálogo de miembros de la Junta Militar. 11.09.1973.

El gobierno de la Unidad Popular se había derrumbado sin combatir. Sólo el presidente Allende y cincuenta de sus hombres resistieron por horas el asedio militar.

Minutos después las tropas se lanzaron al asalto final, mientras los funcionarios de gobierno que habían permanecido lealmente junto al Primer Mandatario - asesores, abogados, periodistas, sociólogos- salían con un paño blanco por un costado del palacio, con las manos en alto, en evidente actitud de rendición.

Los soldados, a golpes, obligaban a los detenidos a tirarse al suelo con las manos apoyadas en la cabeza. Impávidos de tanto dolor, los prisioneros miraban con ojos de espanto lo que empezaba a suceder alrededor.

En el momento de abandonar el destruido edificio, nadie imaginó jamás la magnitud del horror que sobrevendría. La mayoría pensaba en que si eran detenidos, a lo más, pasarían una larga temporada de reclusión.

Los prisioneros yacían tirados en la calle. A metros de distancia, se ubicó un pesado tanque con sus motores activados y en cuya torreta de mando estaba un enloquecido coronel Luis Ramírez. El pesado vehículo se colocó a 20 metros de los prisioneros y se puso en movimiento. Una de sus orugas quedó sobre la vereda a dos metros de donde se encontraba el primero de los detenidos. Ramírez solicitó al general Javier Palacios: **“Permiso, mi general, para pasarle el tanque por la cabeza a estos huevones.”**⁵

Entre los militares surgieron demenciales peticiones tanto o más siniestras que la anterior: **“Mi teniente, deje que mate a estos comunistas, les reviento la cabeza aquí en la calle.”**⁶

Estas frases fueron una de las primeras reacciones y una de las evidencias más concretas que la monstruosidad se iba estableciendo en el país.

En ese momento, las fuerzas armadas experimentaban una sensación de triunfo. A pesar de que no podían aspirar a ningún sueño de gloria u honor, sino enfrentar el deshonor.

Se habían anotado la más estrepitosa victoria ante un pueblo desarmado -bajo el sofisma de la salvación de la patria- en la que sería una larga historia de crímenes y

5. Revista Análisis. 22.06.1987.

6. Ídem.

barbarie: **“Se va a aplicar la Ley Marcial a toda persona que se le sorprenda con armas o explosivos, va a ser fusilada inmediatamente, sin esperar juicios.”**⁷

Chile pasaba de un estado de legitimidad política y social a otro de rigurosa ilegitimidad.

En algunos sectores urbanos, estudiantes, trabajadores y pobladores opusieron una heroica y quijotesca resistencia sin destino, la cual se transformó en un festín de sangre para los militares.

Los desplazamientos de helicópteros fuertemente artillados fueron creando una atmósfera de terror, convirtiendo la ciudad de Santiago en un *Apocalipsis Now*.

Desde el aire eran lanzados millones de panfletos pidiendo que la gente delatara a hermanos, padres, amigos, militantes y simpatizantes de la Unidad Popular:

- **“Las Fuerzas Armadas y Carabineros tienen la obligación de salvaguardar la seguridad de sus miembros y de los ciudadanos. Por ello no trepidarán en ejecutar sin dilación a los terroristas que ataquen a los soldados o que porten armas.”**
- **“No se tendrá compasión con los extremistas extranjeros que han venido a matar chilenos.”**
- **“Ciudadano: permanece alerta para descubrirlos y denunciarlos a la autoridad más próxima.”**⁸

Mientras el esqueleto del palacio presidencial permanecía vacío, y se iba calcinando lentamente, los bandos militares iban estremeciendo cada vez más a la población.

El general Augusto Pinochet observaba cómo se iban desencadenando los hechos, y al igual que en la Roma de Nerón, sentía una profunda satisfacción: **“Los que sean tomados prisioneros serán fusilados en el acto.”**⁹

El perfil de este infante ya había sido diseñado a través de sus propias frases. Al referirse a la negociación que estaban llevando a cabo para que el Presidente Allende dejara el palacio presidencial, señaló: **“La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte, e incluso, por el camino los van tirando abajo.”**¹⁰

7. The London Clinic. Editorial Lom.1998. Santiago. Chile.

8. Ídem.

9. Bando Militar número 5. 11.09.1973.

10. Diálogos Junta Militar. 11.09.1973.

El general Augusto Pinochet, convencido que su principal misión en la vida era eliminar el comunismo, señalaba: **“Todo aquello que huelga a marxismo deberá ser extirpado para siempre.”**¹¹

Las palabras del comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, Gustavo Leigh, no eran diferentes. No habrían parecido grotescas si no hubiesen sido trágicas y demoledoras: **“No nos mueven motivos de venganza. Queremos justicia y queremos exterminar al marxismo para siempre. Pero no se puede alcanzar esa meta sino eliminando a todos los partidarios del régimen anterior.”**¹²

Frases crueles, brutales, empapadas de un candor cínico, que retrataban en forma fiel la conducta y la irracionalidad de quienes encabezaron la sublevación militar.

La severidad de esas declaraciones y de la represión impuesta estableció plenamente que no eran producto de la improvisación ni de la imaginación.

Tampoco fue el accionar sanguinario y los crímenes fríamente planificados y calculados, bajo el pretexto de la salvación de la patria o la liberación de la sociedad.

No en vano el embajador norteamericano de esa época, Nathaniel Davis, en su libro *“Los dos últimos años de Allende”*, escribió lo siguiente: **“Se dice que fue entre octubre y noviembre de 1972 cuando se decidió confeccionar la lista de los izquierdistas que debían ser eliminados.”**¹³

La Junta Militar empezaba a gobernar con una organización criminal (DINA), organismo patrocinado y protegido por los poderes constitucionales, establecido por Decreto Supremo. Hecho que les daba carta blanca a sus integrantes para secuestrar, torturar, asesinar y amenazar a los partidarios o simpatizantes del régimen depuesto, así como a los opositores al gobierno de las Fuerzas Armadas.

La policía secreta había convertido las detenciones en desapariciones. En los últimos tres meses de 1973 habían desaparecido 297 personas. El general Pinochet, en un desdoblamiento de personalidad frente a los periodistas, decía: **“Eso no me lo han dicho. ¡No lo creo! Póngalo así; ¡No lo creo!”**¹⁴

11. Ídem.

12. Dagens Nyheter. Stockholm. Sweden. 17.09.1973.

13. Ídem.

14. The London Clinic. Editorial Lom.1998.

El número de torturados alcanzaba una cifra superior a 43.000 personas. Durante esa época, el número de detenidos llegaba a los 50.000. Y los que partían al exilio, desde las embajadas, sumaban 11.532 personas.¹⁵

Los militares utilizaron una infinidad de métodos que no podrían calificarse como “desbordes” ni “excesos”. Fueron parte de una política fríamente planificada y calculada, comparable históricamente con los años de la Alemania nazi y la Rusia estalinista.

El hombre encargado de poner en marcha la maquinaria de la muerte, el coronel Manuel Contreras Sepúlveda, señalaba: **“Tengo un absoluto respeto por la vida de los seres humanos. Soy católico y pienso de la vida humana en el mismo sentido que todos los que profesan nuestra religión. Este respeto por la vida humana se ve truncado en tiempos de guerra, donde el hombre pasa a tomar el poder de Dios.”**¹⁶

En su práctica concreta el coronel Manuel Contreras empleó métodos de una crueldad extrema. Es así como algunos detenidos fueron seleccionados para la operación denominada “Puerto Montt”, que significaba que los matarían y serían sepultados clandestinamente.

A otros, en el marco de la “Operación Moneda”, se les vendaba, se les amarraban las manos y se les abría el vientre para ser lanzados al mar o a la boca de volcanes, desde aviones o helicópteros.

En ese tiempo se leían y escuchaban las declaraciones de un importante personero de los agricultores, Alfonso Podlech, quien en una declaración pública del 21 de octubre de 1973, señalaba: **“Los enemigos de la patria no tienen derecho a tumba.”**¹⁷

El general Augusto Pinochet, cada vez que era interrogado sobre violaciones a los derechos humanos, buscaba una excusa: **“Esas cosas espantosas que me están contando... son cosas del siglo pasado. De la inquisición, no de ahora.”**¹⁸

Un oficial de ejército señalaba al periodista de la revista Ramparts, Richard Pierson, los métodos crueles que estaban utilizando para castigar a los militantes de la Uni-

15. Informe Vicaría de la Solidaridad.

16. The London Clinic. Editorial Lom. 1998.

17. Diario El Mercurio. 21.10.1973. Santiago. Chile.

18. Gloria al Pulento. 1984. Editorial Pera Madura. Santiago. Chile.

dad Popular: **"En los primeros días matamos a unos 20.000. Ahora empieza la fase de matanza selectiva."**¹⁹

El país empezaba, duramente, a vivir los hechos más crueles y sangrientos que recuerde su historia. A pesar de haber sido conocido por su estabilidad política y sus tradiciones democráticas, ahora empezaba a ser conocido en el mundo por el terror, el miedo y la inseguridad.

El terror comenzó legalmente con la implantación del estado de sitio. La Junta Militar estableció un toque de queda de 48 horas seguidas, y en los días siguientes se mantuvo desde las 20:00 horas hasta las 06:00 horas.

Toda raíz democrática fue arrancada como si hubiese sido maleza. Los partidos marxistas fueron declarados fuera de la ley, y los otros partidos entraban obligados a un receso indefinido. La depuración política se nutría de delaciones y discriminaciones.

Los medios de comunicación, informaban cada día, en todas las ciudades de Chile, los números telefónicos a los que se podía llamar para delatar sospechosos. La traición pasó a convertirse en el nuevo mandamiento de las autoridades. Durante las 24 horas las líneas telefónicas no dejaban de recibir llamadas.

En medio de todo esto estaba la ferocidad criminal y la cacería inhumana en contra de los extranjeros refugiados, especialmente, uruguayos, argentinos, bolivianos y brasileños.

También a partir de ese momento la nación fue invadida por el cólera de los imbéciles; la literatura se transformó en una "enemiga" declarada para las nuevas autoridades, a causa de su contenido propagandístico o por su carácter irreconciliable con los ideales que guiaban a la Junta Militar.

Se clausuraron muchos periódicos, revistas y radioemisoras. Se incautaron numerosos libros de bibliotecas públicas y privadas. Y se lanzaron a las piras obras clásicas y contemporáneas de autores considerados subversivos.

En las hogueras también cayeron obras sobre cubismo porque los militares creían que eran ensayos de la Cuba marxista de Fidel Castro.

En esta historia de largas horas, días y años dramáticos, hay múltiples sucesos emblemáticos que nunca se deberán olvidar. Porque no hay que olvidar. Porque es

19. The London Clinic. Editorial Lom. 1998.

bueno recordarlos para evitar que vuelvan a suceder.

Ningún pueblo puede vivir en el pasado; pero tampoco puede vivir sin su pasado. Si ya nada lo liga a su historia, desaparece.

LAMPA. UN ENTIERRO

*¡Por favor, los Derechos Humanos no me los nombre!
General Augusto Pinochet U.
Revista Cosas.*

Lampa, pueblo campesino, a 40 kilómetros al norte de Santiago, no es capital de nada. Tenía pocos adelantos: una municipalidad, una posta de primeros auxilios, una plaza, una iglesia, una quinta de recreo y una antigua estación de ferrocarril donde nunca paraban los trenes.

Poseía una comisaría sin calabozo, porque en este lugar no se cometían delitos. En la historia judicial de este pueblo no había registro de crímenes ni criminales.

La mayoría de sus 30.000 habitantes se conocían. El panadero, el empresario, el carnicero, el abogado, el juez, los policías, los obreros, eran prácticamente una gran familia.

Sin embargo, la rueda de la historia dio un violento giro el 11 de septiembre. El pueblo se pobló de duendes negros. Lampa se convirtió en un laberinto infernal. Varios campesinos habían desaparecido abruptamente.

Nadie comentaba ni explicaba nada. Tampoco se contestaba ninguna pregunta. El muro de silencio era sólido, denso e inviolable. Los pobladores estaban impactados con los primeros bandos militares que transmitían las radios. Tenían mucho miedo.

Nadie podía dormir tranquilo. La gente ni siquiera se atrevía a asomarse a la calle luego de oscurecer. Se sospechaba de todo y de todos.

El 24 de septiembre de 1973, Lampa amaneció con su antiguo cementerio cercado y su acceso severamente controlado. En el interior del camposanto, un grupo de viejos sepultureros con el miedo impregnado en el rostro, arrastraban dos carros mortuorios que iban en una misma dirección. Avanzaban lentamente, abriéndose camino a duras penas entre la bruma que envolvía todo con su espeso manto.

No había coronas ni flores. Este entierro no se parecía en nada al de tantos otros. No era un funeral normal. El permiso para que participara un sacerdote había sido denegado por la nuevas autoridades militares.

Dos mujeres, una anciana y una joven de severo luto, fuertemente aferradas entre sí avanzan trastabillando detrás de los féretros. Iban sumidas en un profundo dolor.

Más atrás, dos hombres, un joven y un anciano, humildes, con los rostros desencajados, en una mezcla de desconcierto y horror, buscaban una explicación en el infinito, sin encontrar respuesta.

A su costado, un grupo de niños pequeños, miraban anonadados en hermético silencio.

En sólo segundos los carros se detuvieron frente a una profunda sepultura. Los funcionarios sacaron gruesos cordeles y amarraron uno de los cajones, y lentamente lo dejaron caer en el interior de ésta.

Bastaron cinco minutos para que los dos ataúdes quedaran ubicados en el fondo de la fosa.

Los niños tomaron puñados de tierra, dejándolos caer automáticamente. Era el homenaje de ellos a su padre y a su joven hermano que definitivamente descansaban en paz.

Las dos mujeres que estaban, lloraban a gritos, como enloquecidas. El anciano se acercó y trató de serenarlas, abrazándolas. El regreso de los deudos a casa fue patético.

LA FAMILIA

María del Tránsito Gatica Gatica y Manuel Maldonado Miranda, vivían en el asentamiento “El esfuerzo campesino” de Lampa, donde llevaban una vida austera y sencilla.

Ambos habían nacido y se habían criado en el campo. Los dos pertenecían a humildes familias. Desde pequeños la vida de ambos estuvo ligada a la agricultura.

Llevaban muchos años juntos. Muchos días compartidos, que comenzaron con un enamoramiento a escondidas. Después la vida de a dos y la llegada de los hijos.

La vida cotidiana de esta familia era de arduo trabajo. Nunca conocieron el descanso. Se despertaban con el sol para trabajar, y cuando éste se retiraba daban fin a su dura tarea laboral.

Quizá nunca comieron en un restaurante, o fueron al cine, pero compartieron muchos momentos felices y también otros de mucho sacrificio. Sumando fe y esperanzas lograron tener una casa y una familia muy unida.

María del Tránsito, a pesar de la pobreza que la rodeaba, se sentía orgullosa, tenía una familia grande y estrechamente unida, trabajadora, disciplinada y cristiana. Sólo esto le bastaba para sentirse realizada.

El mundo campesino de Manuel Segundo era simple y perfecto, de pobreza. Trabajaba con una intensidad tal, que parecía que intuía que la vida le podía tender una trampa. Disfrutaba con la lectura y el fútbol, y se reunía con sus amigos todos los fines de semana.

Tenía las características clásicas de un hombre de campo: trabajador, solidario, honesto de miradas y actitudes reservadas. Machista, como la mayoría de sus congéneres. Y de un apego inquebrantable a su familia, a sus padres, hermanos, y al lugar donde nació.

Los once hijos eran el orgullo de ambos. Los tres mayores estudiaban, trabajaban y aportaban económicamente al sustento de la familia. En el hogar de los Maldonado-Gatica, nunca faltó el pan ni un plato de comida. Sentían que Dios había sido extremadamente generoso con ellos.

EL INFIERNO

El 17 de septiembre a las 19 horas, en el hogar de los Maldonado-Gatica, todos los hermanos estaban alrededor de la mesa, listos para saborear un café, con unos crujientes panes amasados elaborados en casa, listos para ser embetunados con mantequilla o mermelada. Sólo faltaban el padre y el hijo mayor, Manuel Antonio.

Recién empezaban a comer, cuando la vivienda fue tomada por asalto por un grupo de comandos perteneciente al ejército.

Los comandos levantaron violentamente del pelo a Juan Domingo de 21 años. A Víctor Joaquín, de 22 años, lo izaron en vilo, obligándolo a llevarse las manos a la

nuca y a ponerse contra la pared. Los pequeños observaron perplejos esta escena inaudita.

El oficial a cargo del grupo comenzó a dar órdenes a gritos, generando el terror de todos los presentes, y una particular aflicción en la madre que observaba consternada.

María Gatica quedó paralizada y luego le preguntó al oficial las razones y el motivo de las detenciones. El militar le respondió en forma escueta: " Sus hijos están detenidos por participar en hechos políticos. "

Ambos jóvenes fueron arrastrados del pelo rumbo a los camiones militares que se encontraban estacionados frente a la humilde vivienda.

Posteriormente los lanzaron sobre el camión como si fueran un saco de papas. En ese momento recibieron las primeras golpizas. Los jóvenes fueron atormentados con una crueldad extrema, que dejó estupefacta por algunos segundos a María del Tránsito Gatica. Un momento después reaccionó con desesperación, gritando: ¡No por favor, no por favor, no les hagan daño. Son niños buenos.

Los muchachos fueron llevados al cuartel de los "Boinas Negras", donde fueron bajados de los camiones con una violencia tal que los llevó a temer un negro final. Fueron introducidos violentamente a una inmunda ratonera, estrecha y asfixiante, con el piso regado de sangre y excrementos. Fue tal el impacto de la violencia sufrida, que ambos sintieron este momentáneo desenlace como un instante de liberación.

Los hermanos comprobaron que no estaban solos, al ver otros prisioneros que yacían apiñados en el lugar.

EL DÍA DE LA INDEPENDENCIA

En Lampa y en todo el territorio chileno, por primera vez en su historia, la mayoría de la población no celebró el 18 de septiembre, día de la Independencia nacional. No hubo fiestas populares, vino, empanadas, ni bailes.

Ese día, a las 10:00 horas, los militares regresaron al hogar de los Maldonado- Gatica. La joven madre salió corriendo en forma excitada, creyendo que traían de vuelta a sus hijos.

Los militares bajaron de su vehículo y rápidamente acordonaron la casa de la familia, colocándose en posición de tiro.

El oficial a cargo de la operación detuvo bruscamente el paso de la mujer, gritándole con un duro vozarrón: ¿Dónde están Manuel Segundo Maldonado y su hijo Manuel Antonio?

María del Tránsito se quedó sorprendida frente al comportamiento y la conducta de los militares. No entendía lo que estaba sucediendo.

En seguida un militar hizo parar a su hijo Juan Domingo, a quien tenían escondido en el camión. El muchacho ya no era el mismo, había sido sometido a torturas de todo tipo. El militar le advirtió a ella que si no le decía dónde estaba su marido y su otro hijo, Juan Domingo sería fusilado en el acto.

La mujer quedó totalmente paralizada, con el rostro desfigurado de pavor.

El uniformado que sostenía al muchacho pasó la bala y gritó: ¡Va a morir si no dices donde está tu marido y tu otro hijo!

Abrumada por el desaliento y dominada por la impotencia y la incertidumbre, creía que un error suyo le iba a costar la vida a Juan Domingo.

De pronto, el militar dio un alarido salvaje: ¡Dónde están tu marido y tu hijo, vieja de mierda! Producto de lo cual la mujer se quebró definitivamente, y en un acto pleno de inocencia y de sentido de madre les señaló que su marido y su hijo estaban trabajando en el sandial que había en el asentamiento.

Los militares se desplazaron agazapados como si estuvieran en una misión militar de envergadura. Cuando los divisaron, les gritaron que debían poner las manos en alto y seguirlos, encareciéndoles que cualquier movimiento de rebeldía les iba a significar la muerte.

Padre e hijo, con las manos en la nuca, se dirigieron rumbo a los camiones militares. Esa sería la última imagen que la mujer tuvo de su marido.

Dándose esperanzas, ella pensó que no iban a estar detenidos por mucho tiempo. Porque nada habían hecho. Se trataba de personas inocentes.

Esa noche, María del Tránsito no pudo conciliar el sueño, angustiada por la suerte de su esposo y sus tres hijos detenidos.

EN NOMBRE DEL PADRE

Manuel Segundo y Manuel Antonio fueron trasladados al mismo cuartel donde se encontraban Víctor Joaquín y Juan Domingo, siendo introducido Manuel Antonio a la celda donde se encontraban sus dos hermanos y otros detenidos.

Su padre fue recluido en solitario en una celda contigua. Posteriormente, se escucharon golpes y gritos. Fue sometido a una larga sesión de tormentos y sufrimientos, picana eléctrica y “submarino”.

Los militares le preguntaban insistentemente por el lugar donde escondía armas y bombas. El campesino no podía dar cuenta de algo que obviamente desconocía.

Luego lo llevaron a otro lugar donde lo sumergieron en una tina, y posteriormente le aplicaron corriente eléctrica en partes sensibles de su cuerpo.

A los pocos minutos lo regresaron a su celda y en una acción criminal inconfesable le metieron seis perros hambrientos. Sus gritos que se filtraban a través de puertas y ventanas eran desgarradores. Sus hijos sufrían horriblemente, al escuchar sus fuertes quejidos y no poder hacer nada por evitar su tormento.

Los perros continuaron su macabra acción. Se escuchó luego un ronco y largo gemido del prisionero. En algunos minutos estaría en estado de coma.

Cuando el silencio se hizo ostensible, entraron los militares y con un silbido se llevaron a los perros del calabozo.

La agonía de Manuel Segundo fue lenta y dolorosa. Al anochecer lo retiraron de la celda y lo subieron a un vehículo. En éste condujeron su cuerpo hasta dejarlo en un terreno abandonado, no si antes acribillarlo con ráfagas de metralleta.

ZONA MILITAR

Horas después, Manuel Antonio, Víctor Joaquín y Juan Domingo, luego de largas sesiones de tortura fueron sacados encapuchados desde el interior del regimiento junto a otros detenidos, para ser trasladados al Estadio Nacional de Santiago.

En el *bus* militar, los prisioneros iban con sus cabezas pegadas a las rodillas y en hermético silencio. Aparentemente, se trataba de un vehículo que hacía un trayecto

de rutina hacia el principal recinto deportivo chileno, el que había sido convertido en la prisión más grande y celosamente resguardada de la dictadura.

El menor de los hermanos, Juan Domingo, fue separado de los demás. Manuel Antonio y Víctor, a su vez, fueron conducidos a una celda ubicada en la zona de camarines, donde compartieron reclusión con otras cuatro personas (los tres hermanos de apellido Órdenes y un señor de edad) . Allí sufrieron torturas como golpes de corriente eléctrica y aplicación en la piel de cigarros encendidos.

Manuel Antonio, quien poseía gran vigor, no se dejó doblegar y asistía silenciosamente a sus compañeros de reclusión y a su hermano que se encontraba totalmente abatido.

Sus miradas de consolación trataban de enhebrar una comunicación silenciosa, a través de gestos y muecas. Con ello buscaba mantener una leve esperanza entre los reclusos, los cuales sabían o presentían que la muerte rondaba por los pasillos del estadio.

Esa misma noche los militares ingresaron a la celda e hicieron a todos ponerse de pie. En seguida los sacaron con las manos pegadas a la nuca mientras les apuntaban con fusiles. En una larga fila los hicieron subir a un *bus* que se encontraba con su motor encendido.

Una vez en el interior del vehículo, nuevamente les hicieron poner su cabeza sobre las rodillas. Manuel Antonio trató de levantar la moral de su hermano y le pedía que no se dejara abatir.

Luego de unos treinta minutos, el *bus* se estacionó en una zona completamente oscura. Obligaron a descender a los detenidos y a gritos los hicieron ponerse frente a un grueso muro.

Mientras los policías tomaban posiciones y los detenidos se encontraban ubicados junto a la pared, Manuel Antonio, súbitamente, emprendió una veloz fuga, eludiendo varias ráfagas de metralleta que intentaron acribillarlo.

El joven deambuló cerca de una hora sin rumbo fijo y sin saber dónde se encontraba, ya que nunca había estado en la capital. Estaba confundido, sin poder ordenar sus ideas. Las luces de los faroles lo encandilaban. El incesante ladrar de los perros iba delatando su presencia, constituyendo su fuga en un verdadero martirio.

A la distancia, Manuel Antonio escuchó cinco ráfagas seguidas. En ese momento pudo deducir que se trataba del final de su hermano Víctor Joaquín y de sus demás compañeros de reclusión.

A pesar de todo, él tenía fe de salir de esa encrucijada. No había tiempo para llorar, rezar, ni darles el último adiós a los caídos. Sólo tenía tiempo para escapar.

Manuel Antonio tuvo que continuar su fuga. Su vida pendía de un hilo. Tenía que aguantar sin aflojar. Tenía que caminar rápido con el miedo a cuestras y tratando que la oscuridad lo protegiera. De pronto surgieron unas luces, se escucharon unos ladridos y voces, y un grito de: ¡Alto!

Quedó confundido y desorientado, sin una visión real del lugar donde se encontraba. Pese a todo, se negó a obedecer la orden y trató de reemprender la fuga. Pero un certero bayonetazo que le atravesó el muslo de lado a lado, se lo impidió. Herido, a pocas cuerdas de donde estaba su hermano acribillado, se fue desvaneciendo mientras veía a unos uniformados que se le acercaban.

En grave estado fue subido a un carro policial, para ser trasladado a la escuela de suboficiales de Carabineros (policía uniformada), donde se le hicieron pequeñas curaciones. Una vez detectada su identidad y recuperado el conocimiento fue llevado nuevamente al Estadio Nacional.

Dos horas después de haber vuelto al estadio, lo obligaron a subirse a un *bus* en compañía de varios detenidos para sacarlo sin rumbo conocido. Luego de viajar por espacio de una hora, el *bus* se detuvo e hicieron bajar a los prisioneros.

¿ SE PUEDE FUSILAR DOS VECES A UN DETENIDO?

Manuel Antonio, cuando escapó por primera vez, jamás pensó que iba a ser detenido nuevamente para enfrentar un pelotón de fusilamiento.

Esta vez los condenados fueron conducidos a unos treinta kilómetros fuera de Santiago, hacia el interior de la Cordillera de los Andes, a la ribera del río Maipo. Este curso de agua, en esos parajes, tiene una caudalosa corriente y unos rápidos extremadamente abruptos y peligrosos. Hasta ese momento, no se conocía a nadie que cayendo a su caudal hubiese sobrevivido.

Los prisioneros fueron bajados en cuclillas y ubicados a la orilla de un pequeño

acantilado. Uno de ellos sangraba abundantemente, producto de las torturas a las que había sido sometido.

El operativo de la muerte estaba en marcha, los policías ordenaban a gritos a los presos, mientras preparaban sus armas.

Los circuitos cerebrales de Manuel Antonio funcionaban a toda capacidad. Por segunda vez debía enfrentar directamente a la muerte, comprendiendo que era prácticamente imposible un segundo milagro.

Sin embargo, en el lapso que los policías cargaban su armamento, Manuel Antonio se lanzó valerosamente al río. Los policías ni se inmutaron, entendiendo que no sobreviviría.

Maravillosamente, la suerte estuvo nuevamente de su lado. La corriente lo recibió y, luego de arrastrarlo por varios metros, lo lanzó a la orilla donde pudo aferrarse a unas matas. Permaneció un par de horas tirado, tratando de recuperarse del impacto emocional y físico. Se escondió entre árboles y ramas. Cuando salió al camino y luego de haber andado algunos metros se encontró con un cuadro dantesco. Ahí estaban todos sus compañeros de reclusión asesinados. Algunos habían sido repasados. Sus rostros estaban desfigurados por las balas.

Salió rápidamente de ese sector, caminando largo trecho con el temor a cuestas. Luego subió a *bus* y llegó al centro de Santiago. De ahí se dirigió hasta el terminal de *buses* para trasladarse hasta la casa de su madre. No se daba cuenta que al regresar a su hogar, estaba hipotecando su suerte.

Sin embargo, nuevamente el destino le tenía preparada una feliz sorpresa. En el terminal de *buses* se encontró con un tío suyo, hermano de su padre, quien al verlo y escuchar su historia se lo llevó hasta su hogar.

Luego de alimentarse, descansar y dormir, sostuvo una larga conversación con su tío, y le relató cada una de sus vivencias, la de su padre y la de su hermano Víctor Joaquín. Con el transcurso de los días consiguió asilo político en Bélgica, a través de los oficios de la Iglesia Católica.

Los rastros de su hermano menor, Juan Domingo, se perdieron en el Estadio Nacional, desde el día que los separaron. Él pensaba que podía haber tenido un triste final. Juan Domingo perdió su identidad. Para el Chile de esa época ya no estaba ni entre

los vivos ni los muertos. Le habían caducado su condición de ser humano, le habían arrasado sus derechos civiles y quizá su derecho a la vida.

ESE PEQUEÑO MUCHACHO

Juan Domingo, cuando fue detenido, tenía 17 años. Sólo conocía historias de muchacho. Ahora, tenía la misma edad y un rosario de sufrimientos.

Nunca había estado en el Estadio Nacional presenciando un evento deportivo. No lo conocía. Sólo sabía que se atestaba de gente cuando había un clásico deportivo o jugaba la selección nacional. En su mente no había lugar para creer que eso era una cárcel, una carnicería, una morgue, un patíbulo.

Había escuchado gritar los goles de Pelé, Rocha, Moreno, Leonel y Landa. Sin embargo, ahora había sentido y participado de los alaridos de cientos de torturados. Juan Domingo fue uno de ellos. También vio partir a mucha gente que nunca más regresó. Vio al “encapuchado”, el hombre que delataba a antiguos camaradas. Sintió las ráfagas al interior del recinto. Recordó los sufrimientos de su padre.

Luego de varias semanas encerrado, lo trasladaron en forma clandestina a la penitenciaría en Santiago. Después de un mes, recién su madre pudo constatar que efectivamente se encontraba vivo.

El encuentro con ella fue de una emotividad extraordinaria. Se tocaron una y mil veces, se desgarraron con el relato del final de su padre y de uno de sus hermanos. Supo del comportamiento heroico de su hermano Manuel Antonio y le confidenció que éste se encontraba sano y salvo.

Pero los dramas para los Maldonado Gatica no terminaban. En algunas semanas el joven debería enfrentar un Consejo de Guerra. Cuando el Fiscal militar Antonio Salamero supo lo que había acontecido con su padre y sus hermanos, le suspendió inmediatamente las visitas carcelarias a su madre.

Luego de varios meses, nueve en total, fue sometido al Consejo de Guerra. Qué podía esperar un niño de un juez militar, nada.

Juan Domingo pensó que podía tener una condena dura. La muerte había abrazado a tanto jóvenes como él que nada podría sorprenderlo.

Fue condenado a 62 días de prisión, algo que ya había cumplido sobremanera.

Posteriormente, estando en libertad, debió concurrir al Ministerio de Justicia, donde fue interrogado en forma extensa, para luego no ser citado nuevamente.

En agosto de 1974 viajó a Bélgica para reunirse con su hermano Manuel Antonio, y luego se les unieron el resto de sus hermanos y madre. Todos llegaron en calidad de refugiados.

Los olores, la tierra, su historia y su pueblo se convirtieron en una obsesión. No podían vivir entre el cemento. Ellos no estaban acostumbrados a ese tipo de experiencias.

Un día le dijeron adiós, gracias Bélgica por todo lo que les había dado durante años. Volvieron, más fuerte, con una formación más sólida y con una gran visión sobre las cosas.

EL PRESENTE

La sociedad chilena está aprisionada en un marco de mentiras, las cuales se han convertido en una realidad que la ha condenado al escepticismo y a la postración moral. Está sumida en la inseguridad, en la desconfianza, en la falta de credibilidad en el sistema y en sus instituciones.

La salud mental de los chilenos ha experimentado una sostenida decadencia, se ha deteriorado a niveles insospechados y cuyas consecuencias aparecen como irreparables.

La megalomanía, mitomanía y esquizofrenia se han ido desarrollando sin pausas, porque está extremadamente claro de que la maquinaria del Estado chileno, en todos sus aspectos, es una criatura pinochetista.

Los 18 años de dictadura calaron hasta el fondo: hasta las capas sociales más permeables. Quebró con la estabilidad síquica, moral y espiritual de toda una nación. Y dejó tras su extinción grandes y graves hechos imposibles de eliminar o mitigar en las próximas décadas, y que las autoridades políticas y militares han preferido guardar silencio frente a los grandes dramas que arrastra y afligen a este país desde los años de dictadura, y cuyos personeros llamaron “milagro económico”, lavado de dinero sucio, narcotráfico, organizaciones mafiosas, corrupción.

Los efectos del “síndrome Pinochet”, han resultado desoladores y aterradores por el masivo quebrantamiento de los derechos humanos que han conducido a una situación

de incertidumbre casi inconcebible desde que las Fuerzas Armadas crearon la “nueva” categoría social; la de Detenidos Desaparecidos.

Porque hay una “mentalidad” prefabricada por los antecedentes del antiguo régimen. Por lo tanto, un ciudadano cualquiera, aun considerándose y sintiéndose de izquierdas, muchas veces se expresan, se comportan y actúan como “pinochetista” de toda la vida.

También está ese sentido extraordinario de civiles y militares para salir en defensa del ex general Augusto Pinochet. Y ese aceptar de las fuerzas armadas el silencio y negación para investigar todos los crímenes políticos, y a pedir perdón por todas las barbaridades cometidas.

El sacerdote jesuita, José Aldunate, ha señalado:

“El problema de Chile no está en que no se perdona sino en que no se pide perdón. Chile necesita reconciliarse. No podemos seguir viviendo divididos en enemigos y amigos. Ahora bien, para iniciar un proceso de reconciliación, el primer paso es el pedir perdón. No se inicia perdonando en el aire, como parecen haberlo insinuado algunos dignatarios eclesiástico. Hay que perdonar a alguien que pida perdón. Sólo entonces se produce la reconciliación. Efectivamente, el que pide perdón está reconociendo la falta que ha cometido, y al mismo tiempo se está profesando estar arrepentido y dispuesto a reparar. Si ha dado estos pasos, es acreedor al perdón. Al sinceramente arrepentido, la sociedad podrá todavía sancionarlo si lo requiere el bien común, pero el ofendido debe perdonarlo de corazón. Exigir castigo de su parte ya no sería sino venganza. ¿Qué ha sucedido en Chile? Los crímenes de tortura, asesinato, desaparecimiento, y otros, bajo el régimen militar, fueron enormes. El presidente Patricio Aylwin, al presentar a la nación el informe Rettig, pidió públicamente perdón a nombre del Estado chileno. Este gesto estaba destinado a desencadenar un proceso de reconciliación. Pero los principales implicados nominalmente el ejército y la marina no sólo ratificaron esta actitud sino que la rechazaron. Algo semejante hizo el Poder Judicial. Otros muchos callaron. La reconciliación quedó bloqueada.”

Está claro que existe un porcentaje importante de personeros de diversas tendencias políticas que esperaban que dentro de “poco” (algunos años), todos se olvidaran de los Detenidos Desaparecidos y de las demandas de justicia.

La sociedad chilena no encontrará la paz ni la estabilidad social si se niega aplicar justicia. Si no logra conocer definitivamente el verdadero destino de los detenidos desaparecidos.

Los argumentos válidos para los militares son establecer que en Chile hubo una guerra, y en una guerra hay muertos, heridos, desaparecidos.

Para el hombre que manejó el país, como de hierro, la realidad fue otra: **“Las bajas fueron un hecho bélico. En cuanto a los desaparecidos, no los hizo desaparecer el gobierno.”**

Las explicaciones para los 2.095 asesinados, son: **“Entre asegurar los derechos de unos 10.000 disociados o garantizar los de 10 millones, no tuvimos dudas.”**²⁰

El escritor Pablo Azocar, ha escrito lo siguiente: **“Los militares afirman que en 1973, en Chile, lo que hubo fue una guerra. Pero hasta un niño sabe que aquello no es verdad, y Pinochet, por lo tanto, es lo que es: un criminal a secas.”**

Una “guerra” despiadada, inventada, que dejó miles de muertos, que ensombrecieron miles de hogares y llenó de horror a un país que jamás en su historia había conocido una experiencia así.

Nadie puede quedar impávido ante ese planteamiento que le hiciera el general Augusto Pinochet, a los máximos representantes de la Iglesia Católica y Luterana, quienes llegaron hasta la sede de gobierno para exponerle el caso de muchos detenidos que habían desaparecido: **“Miren, ustedes son sacerdotes y trabajan en la iglesia y pueden permitirse el lujo de ser misericordiosos. Yo soy soldado y tengo, como jefe de Estado, la responsabilidad de todo el pueblo chileno, invadido hoy por el bacilo del comunismo, al que debo exterminar. Los más peligrosos son los miristas. Hay que torturarlos, porque, si no, no cantan. La tortura es necesaria para extirpar el comunismo.”**

Así se expresaba, el pobre, bueno y enfermo anciano, que la mayoría de la prensa quiere presentar diariamente. Buscando no ser enjuiciado ni ser prontuarioado por la policía.

Hoy, la sociedad chilena, no sólo vive grandes tribulaciones apocalípticas, un número no despreciable de sus habitantes está cesante, otro grupo está sumido en el consumo de drogas, y otros en el comercio de estupefacientes. Y otros enrolados en las organizaciones mafiosas que operan en nuestro país.

Ese es el legado que le ha dejado el país a las nuevas generaciones. Ese fue la obra de ingeniería económica, es decir el “milagro” económico de Pinochet.

¡ Sursum Corda, Arriba los corazones! Solía decir el tirano.

20. The London Clinic. Editorial Lom.1998.